

En aquella horrible oscuridad, su imaginación estraviada le hacía ver los cuadros más deliciosos de su vida pasada.

Ya era la cámara de D^a María Ana de Austria, las bujías perfumadas iluminaban aquella estancia; la reina estaba allí delante de él, bella, amante, con su mirada dulce, con su sonrisa seductora; le llamaba, le tendía los brazos. Valenzuela hacía un esfuerzo, levantaba la cabeza, pero en aquel momento sentía un golpe y un dolor agudo en la frente, era que había chocado contra la bóveda.

Un rayo de inteligencia brillaba por un momento en su cerebro, recordaba su situación, lanzaba un jemido y volvía á caer en el delirio.

Algunas veces le parecía estar en el bosque del Escorial: los perros ladraban, los monteros les animaban con sus voces; sonaban las trompas; el rey aparecía armado de una escopeta, y entonces él, Valenzuela, se figuraba que era el ciervo y el rey le perseguía; le perseguía y era aquella una carrera fantástica, era como si la tierra se deslizara rápidamente debajo de sus pies, y volvía el rostro y siempre el rey, el rey.

Derepente sonaba un tiro; Valenzuela llevaba la mano á su pecho, y á su queja de angustia respondía una carcajada estridente, y esta carcajada se repetía por todos los ángulos del bosque y por todas partes veía Valenzuela el rostro de D^a Inés que reía de una manera infernal.

Pero todo aquello parecía que le pasaba al medio día, bajo un sol abrasador, porque sentía una sed horriblemente espantosa.

Bebía sin cesar del agua que le había dejado fray Anjelo, pero el agua se agotó y entonces creció el martirio; era ya casi la desesperación.

En la tarde volvió fray Anjelo y le acompañaba un hombre, que según lo que el religioso le decía era el médico que venía á curar á D. Fernando.

—Hemos llegado—dijo fray Anjelo cerrando la puert^a por dentro—aquí es donde vuesa merced tiene que ejercer su benéfico ministerio.

—¿Está su paternidad enfermo? porque aquí no veo....

—Espere vuesa merced, que á confiar voy á su discreción un secreto de grande importancia.

El médico hizo un jesto que no advirtió fray Anjelo.

—Veamos qué me dice su paternidad.

Fray Anjelo sin contestar comenzó á sacar todo lo que contenía el armario.

—¿Y bien?—dijo el médico.

—Paciencia, paciencia, con paciencia se gana el cielo, ya verá vuesa merced.

Por fin el tablero cayó y quedó descubierta la entrada.

—Por aquí—dijo fray Anjelo mostrándola.

—¿Y qué tengo yo de hacer por allí?

—El enfermo.....

—¿El enfermo?

—Sí.... pase vuesa merced y ya verá.

—No, antes su paternidad que conoce el camino.

—Tal es el camino que ni vuesa merced podrá estraviarse si entra por delante, ni ver al enfermo si va detrás de mí; ¿tendrá vuesa merced desconfianza?

—No, imposible.

—Pues pase.

El médico haciendo un jesto entró y subió las escaleras hasta llegar á donde estaba Valenzuela.

—Necesítase luz—dijo el médico.

—Tráigola aquí—contestó fray Anjelo presentándole una bujía.

El médico acercó la luz al rostro de Valenzuela y le reconoció inmediatamente.

—¡Ave María!—esclamó.

—¿Qué hay?

—Nada, sino que la fiebre es muy grave y necesito grandes medicinas.

—Quizá las haya en el convento.

—No, necesito ir por ellas á Madrid: esto es muy grave; este hombre está enteramente fuera de sí.

—En ese caso.....

—Abajo hablaremos.

Fray Anjelo bajó y el médico en pos de él; D. Fernando como un tronco muerto, apenas hablaba delirando, y nada comprendía de cuanto pasaba en su derredor.

—¿Qué opina vuesa merced?

—Opino que de no asistirse ese hombre con cuidado y en otro lugar que no sea ese, de morir tiene muy pronto.

—¿Pero por ahora qué se necesita?

—Un medicamento que voy á traer; tengo abajo mi mula y voy....

—Como le parezca mejor á vuesa merced.

El médico tomó su sombrero y fray Anjelo hizo ademán de seguirle.

—No acompañe vuesa paternidad, que sé el camino y no hay para qué se moleste.

Fray Anjelo quedó en la puerta de la celda y el médico se alejó por los claustros.

El príncipe D. Juan de Austria habia encargado de la prision de Valenzuela á D. Antonio de Toledo, hijo del du-

que de Alba, y le acompañaron el duque de Medina-Sidonia, el marqués de Valparaiso, D. Fernando de Toledo y otros con cosa de doscientos jinetes.

D. Fernando era muy querido en el convento, de tal manera que el prior habia dispuesto ya de antemano con fray Anjelo el lugar en que debia ocultarse Valenzuela en caso de que viniesen á prenderle.

D. Antonio de Toledo y sus compañeros sabian á no dudarlo que Valenzuela estaba en el Escorial y por eso buscaron con una especie de rabia, sin perdonar lugar, ni aun de los mas sagrados; pero como hemos visto, todo fué inútil.

Sin embargo, determinaron permanecer en el Escorial.

D. Antonio de Toledo mostraba un vehemente deseo de aprehender á D. Fernando y una verdadera desesperacion por no haberlo conseguido.

El marqués de Valparaiso no era menos celoso en la comision.

A pesar de todo, comenzaban ya á perder la esperanza cuando una tarde presentóse ante D. Antonio de Toledo un hombre que queria hablarle en secreto.

Encerróse con él D. Antonio en un aposento, y el hombre dijo:

—Si vuestra merced me promete darme ó conseguirme una buena remuneracion por el servicio, ofrezco á vuestra merced descubrirle el lugar en que está oculto D. Fernando de Valenzuela.

—Y qué recompensa quiere el buen hombre?

—Un destino, señor.

—Respondo de conseguirselo.

—No mas que deseara no fuese en España sino en las Indias.

—¿Y por qué?

—Porque tarde ó temprano llegaria á descubrirse este secreto y mi vida correria peligro con los amigos de Valenzuela ó de la reina nuestra señora.

—El príncipe D. Juan os protegerá.

—Quizá él mismo no alcance á protegerse.

—¿Qué decís?

—Nada que importe, pero quisiera el destino en Indias.

—Respondo de él.

—En tal caso, tenga vuesa merced la bondad de seguirme.

El de Toledo, se hizo acompañar por algunos soldados y siguió al médico.

Cuando llegaron cerca de la celda de fray Anjelo, el médico les hizo señal de que caminasen en silencio, y así lo verificaron hasta llegar á la puerta.

El médico llamó.

—¿Quién va?—dijo fray Anjelo.

—Yo, padre; el médico, que está de vuelta.

—¿Tan pronto?

—Felizmente encontré aquí mismo la medicina.

Se oyeron los pasos de fray Anjelo que se acercaba á la puerta y el ruido de la llave que entraba en la cerradura.

El médico hizo señal á D. Antonio de Toledo y á los suyos de que se retirasen de la puerta y esperasen.

Fray Anjelo abrió y el médico procuró cerrar inmediatamente para impedir que viese á los que le acompañaban.

—¿Qué tal sigue el enfermo?—dijo el médico.

—Aún no le he visto: ¿qué piensa vuesa merced hacer?

—Sangrarle ante todo.

—Bien, abramos.

Fray Anjelo comenzó á separar la ropa hasta abrir el tablero movable de la alacena.

—Ya puede entrar vuesa merced—dijo.

—Ahora. . . nada mas voy á tomar una vasija que olvidé en la puerta.

—Pero es una imprudencia abrir la puerta cuando está descubierta esa entrada. . . —dijo fray Anjelo tratando de impedir al médico que abriera.

—No tengais cuidado, todo está previsto—contestó el médico lanzándose á la puerta y abriendo violentamente.

En el momento la celda se llenó de soldados: fray Anjelo retrocedió espantado, miró al médico que hablaba con D. Antonio de Toledo, y comprendiendo que aquel infame le habia vendido, esclamó sin poder contenerse:

—Miserable, Dios te castigará terriblemente.

—Llevad preso á ese fraile—dijo D. Antonio.

Dos soldados llevaron á fray Anjelo que no opuso la menor resistencia.

—Ahora por allí—dijo el denunciante mostrando la entrada.

Unos soldados penetraron al escondite de Valenzuela y pocos momentos despues volvieron á salir con él.

D. Fernando estaba incapaz de conocer su situacion; se dejó prender sin manifestar siquiera estrañeza.

—He cumplido—dijo el médico cuando vió seguro ya á D. Fernando de Valenzuela.

—Y cómo se llama?—preguntó con desprecio D. Antonio.

—Yo, me llamo, señor, el doctor Rodrigo de Dávila.

—Bien, tendreis el destino en Indias, pero hacedme la gracia de retiraros.

.....

D. Fernando fué conducido preso al castillo de Consuegra, en donde permaneció hasta que por órden de D. Juan de Austria se le embarcó para Filipinas, quitándosele todos sus títulos y honores, sin dejarle mas que su nombre.

Valenzuela no sabia la suerte que habia corrido la reina, encerrada en Toledo, ni D.^a Eujenia, presa en un convento de Talavera.

D. Fernando, con el alma despedazada, llegó á Cádiz y se preparó á embarcarse para las Filipinas.

Rodeado de soldados caminaba para el puerto, cuando una mujer alta, cubierta con un velo se acercó á él y le dijo:

—Ten valor, Valenzuela; tu enemigo morirá y tú volverás á España.

Los soldados pretendieron apoderarse de aquella mujer porque sus palabras habian sido escuchadas por todos pero fué imposible: entre el gran concurso que se habia reunido para ver embarcarse á Valenzuela, la mujer pudo huir sin dificultad.

El viento sopló favorable, las naves que partian para Veracruz tendieron sus velas, y Valenzuela dijo el último adiós, á su patria.

Un año despues se celebraban las exequias del príncipe D. Juan de Austria que habia muerto repentinamente.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LIBRO III.

EL TAPADO.

I.

En que se lleva al lector á que conozca una casa en México en el barrio de Tlaltilolco, en el mes de Mayo de 1683.

QRA la noche de uno de los últimos días del mes de Mayo. Negras y tempestuosas nubes se agrupaban en el horizonte, y el cielo encapotado no mostraba ni una sola de sus estrellas.

Soplaba el ambiente húmedo como precursor de la tormenta, y los relámpagos se sucedian sin intermision, reflejándose en las tranquilas aguas de Chalco y de Texcoco.

El trueno se repetia en los montes de Rio-frio y en las cañadas del Popocatepetl, y el Iztatzihuatl, y se alejaba hasta morir en las faldas de Ajusco y de la serranía de las Cruces.